



ROALD DAHL

LA CATA



Ilustraciones de Iban Barreneuxea

Traducción de Iñigo Jitregui

Seis personas se sientan a la mesa en la casa de Mike Schofield, un corredor de bolsa londinense: Mike, su esposa e hija, un narrador sin nombre y su esposa, y un famoso gastrónomo, Richard Pratt. Pratt suele hacer pequeñas apuestas con Schofield con el fin de adivinar el vino que se está sirviendo en la mesa, pero esta noche la apuesta será mayor... Cuando Schofield sirve el segundo vino de la cena comenta que será imposible adivinar cuál es, lo que Pratt toma como un reto.

Iban Barrenetxea ha realizado un magnífico trabajo gráfico para invitarnos a esta misteriosa velada. El vino está servido. Empieza la cata.

Éramos seis cenando esa noche en casa de Mike Schofield en Londres: Mike, su mujer e hija, mi mujer y yo, y un tipo llamado Richard Pratt.

Richard Pratt era un famoso gastrónomo. Presidía una pequeña sociedad conocida como «Los epicúreos», y todos los meses repartía entre sus miembros un panfleto sobre comida y vinos. Organizaba cenas en las que se servían platos suntuosos y vinos raros. No fumaba por miedo a estropearse el paladar y, cuando hablaba de vinos, tenía la curiosa y bastante peculiar costumbre de referirse a él como si fuera un ser vivo. «Un vino prudente», decía, «algo tímido y evasivo, pero bastante prudente». O: «Un vino alegre, benévolo y jovial, un punto obsceno quizá, pero en cualquier caso alegre».



Yo había coincidido en casa de Mike con Richard Pratt dos veces anteriormente, y en ambas ocasiones Mike y su

mujer se habían desvivido por preparar una comida especial para el famoso *gourmet*. Esta, claramente, no iba a ser la excepción. Nada más entrar en el salón, vi que la mesa estaba dispuesta para un banquete. Las velas altas, las rosas amarillas, la numerosa vajilla de plata, las tres copas de vino para cada comensal, y sobre todo, los efluvios de carne asada provenientes de la cocina, hicieron que mi boca empezara a salivar.

Al sentarnos recordé que, en las dos visitas anteriores de Richard Pratt, Mike había hecho una apuesta con él sobre el burdeos, retándole a que acertara la variedad y el año. Pratt había replicado que no sería muy difícil, siempre que se tratara de una buena cosecha. Luego Mike se había apostado con él una caja del vino en cuestión a que no era capaz de adivinarlo. Pratt había aceptado y ganado en ambas ocasiones. Esa noche yo estaba seguro de que la apuesta se repetiría, porque a Mike no le importaba perder con tal de demostrar que su vino era lo bastante bueno para ser reconocido, y Pratt, por su parte, parecía encontrar un placer solemne y contenido en desplegar sus conocimientos.



La cena comenzó con un plato de crujientes chanquetes, fritos en mantequilla, y para acompañarlos, un vino de Mosela. Mike se levantó y lo sirvió él mismo, y cuando volvió a sentarse, noté que miraba a Richard Pratt. Había dejado la botella delante de mí para que yo pudiera leer la etiqueta, que decía: «Geierslay Ohligsberg, 1945». Se inclinó y me dijo en voz baja que Geierslay era un minúsculo pueblecito de la región de Mosela, casi desconocido fuera de Alemania. Me explicó que el vino que estábamos bebiendo era una rareza, que la producción de esos viñedos era tan pequeña que para un extranjero resultaba casi imposible hacerse con una botella. Él había ido personalmente a Geierslay el verano pasado para conseguir las pocas docenas que finalmente le habían dejado llevarse.

—Dudo que ahora mismo lo tenga nadie más en el país—dijo, echando otra mirada a Richard Pratt.—Lo bueno del Mosela—continuó, levantando la voz—, es que un vino perfecto para servirlo antes de un burdeos. Mucha gente sirve un vino del Rin, pero eso es porque no entienden. Un vino del Rin mata un burdeos delicado, ¿lo sabías? Es una

barbaridad servir un vino del Rin antes de un burdeos. Pero un Mosela, ah, un Mosela es perfecto.

Mike Schofield era un hombre afable de mediana edad. Pero era agente de Bolsa. Para ser exactos, era agiotista en el mercado de valores, y como muchos de su clase, parecía algo incómodo, casi avergonzado, por haber ganado tanto dinero con tan poco talento. En el fondo de su corazón sabía que no era más que un corredor de apuestas —un corredor de apuestas empalagoso, infinitamente respetable y secretamente corrupto—, y sabía que sus amigos también lo sabían. Así que ahora estaba tratando de convertirse en un hombre culto, cultivar un gusto literario y estético, coleccionar cuadros, discos, libros y todo lo demás. Su pequeño sermón sobre el vino del Rin y el Mosela formaba parte de aquello, de esa cultura que anhelaba.

—Un vino espléndido, ¿no os parece? —dijo, sin dejar de mirar a Richard Pratt.

Yo le veía echar un furtivo vistazo a la mesa cada vez que agachaba la cabeza para tomar un bocado de churros. Casi podía sentirle esperar el momento en que Pratt tomara el primer sorbo y levantara la vista del vaso con una sonrisa de placer, de asombro, quizá hasta de admiración, y entonces habría un debate y Mike le hablaría del pueblo de Geierslay.



Pero Richard Pratt no tocó su copa. Se hallaba completamente absorto en su conversación con Louise, una joven de dieciocho años, hija de Mike. Estaba vuelto hacia ella, sonriendo y contándole, por lo que pude deducir, la historia de cierto chef de un restaurante parisino. Mientras hablaba se iba inclinando cada vez más hacia ella, hasta parecer que, en su entusiasmo, se le iba a echar encima. La pobre chica se alejaba de él todo lo que podía, asintiendo educadamente, bastante desesperada, y mirándole no a la cara sino al botón superior de su esmoquin.

Terminamos el pescado y la criada empezó a retirar los platos. Cuando llegó junto a Pratt, vio que no había terminado y dudó. Pratt reparó en ella, con un gesto le indicó que se fuera, interrumpió su conversación, y se puso a comer apresuradamente, metiéndose el pescado en la boca con rápidas estocadas del tenedor. Cuando hubo terminado, cogió su copa, y en dos tragos cortos se atizó el vino para reanudar enseguida su conversación con Louise Schofield.

Mike lo vio todo. Yo lo veía allí sentado, muy quieto, re-frenándose y mirando a su invitado. Su cara, redonda y jovial, pareció aflojarse y ceder, pero se contuvo y no se movió ni dijo nada.

Prontó entró la criada con el segundo plato. Era un ros-bif imponente. Lo colocó en la mesa delante de Mike, que se levantó y lo trinchó, cortándolo en tajadas muy finas que depositó cuidadosamente en los platos para que los repartiera la criada. Cuando hubo servido a todos, incluido a sí mismo, dejó el cuchillo de trinchar y se inclinó con las manos apoyadas en el borde de la mesa.

—Bueno —dijo dirigiéndose a todos, pero mirando a Richard Pratt—, ahora el burdeos. Si me perdonáis, tengo que ir a buscarlo.

—¿Ir a buscarlo, Mike? —dije—. ¿Dónde está?

—En mi estudio, descorchado, respirando.

—¿Por qué en el estudio?

—Para que coja temperatura ambiente, por supuesto. Lleva allí veinticuatro horas.

—¿Pero por qué el estudio?

—Es el mejor sitio de la casa. Richard me ayudó a elegirlo la última vez que estuvo aquí.

Al oír su nombre, Pratt miró a su alrededor.

—¿A que sí? —dijo Mike.

—Sí —respondió Pratt, asintiendo gravemente—. Es verdad.

Encima del fichero verde en mi estudio —dijo Mike—. Un buen sitio: libre de corrientes y en un cuarto con temperatura constante. Y ahora, si me perdonáis un momento, voy por él.

La idea de otro vino con que apostar le había devuelto el buen humor, y cruzó rápidamente la puerta para regresar al cabo de un minuto más pausado, andando ceremoniosamente y con una cesta de vino en las manos que contenía una botella oscura. La etiqueta, invertida, era ilegible.

—Bueno —exclamó, acercándose a la mesa—. ¿Y este qué, Richard? ¡Nunca lo acertarás!

Richard Pratt se giró lentamente y miró a Mike. Luego sus ojos descendieron hasta la botella contenida en la pequeña cesta de mimbre, levantó las cejas, arqueándolas con ligero desdén, y desplegó el húmedo labio inferior, imperioso y feo de repente.

—No lo acertarás —dijo Mike—. Ni en cien años.

—¿Un burdeos? —preguntó Richard Pratt, condescendiente.

—Naturalmente.

—Entonces supongo que será de algún viñedo pequeño.

—Puede que sí, Richard, y puede que no.

—¿Pero es de un buen año? ¿De uno de los grandes viñedos?

—Sí, te lo aseguro.

—Entonces no será tan difícil —dijo Richard Pratt, arrastrando las palabras, con aire terriblemente aburrido.



Pero a mí me pareció que había algo raro en su forma de hablar y en su aburrimiento: una sombra malévola en su ceño, y en su actitud una determinación que me produjo cierto desasosiego al mirarle.

—Este sí que es difícil —dijo Mike—. Esta vez no voy a obligarte a apostar.

—¿De veras? ¿Por qué no? —De nuevo el arqueamiento de cejas, la mirada fría y resuelta.

—Porque es muy difícil.

—Eso no es muy halagador que digamos.

—Mi querido amigo —dijo Mike—, apostaré contigo encantado si eso es lo que quieres.

—No será tan difícil acertarlo.

—¿Entonces quieres apostar?

—Estoy listo —dijo Richard Pratt.

—Muy bien, apostaremos lo de siempre. Una caja de ese vino.

—No me crees capaz de adivinarlo, ¿verdad?

—Sinceramente, y con el debido respeto, no —dijo Mike.

Hacía esfuerzos por mantener la corrección, pero Pratt no se molestaba demasiado en ocultar su desprecio por todo aquello. Y sin embargo, curiosamente, su siguiente pregunta reveló cierto interés.

—¿Quieres aumentar la apuesta?

—No, Richard. Una caja es mucho.

—¿Te apuestas cincuenta cajas?

—Sería tonto.

Mike se quedó quieto detrás de la silla que presidía la mesa, sosteniendo la botella en su ridícula cesta. Ahora tenía una sombra blanca alrededor de la nariz y los labios apretados.

Pratt estaba recostado en la silla, mirándole, con las cejas arqueadas, los ojos medio cerrados y una sonrisa asomándole en los labios. Y entonces volví a ver, o creí ver, algo claramente perturbador en su cara, una sombra de de-

terminación en su frente y en sus ojos, que escondían en sus pupilas un destello malévolo.

—Entonces ¿no quieres aumentar la apuesta?

—Por mí no hay problema, amigo mío —dijo Mike—. Apostaré lo que quieras.



Las tres mujeres y yo estábamos sentados en silencio, mirando a los dos hombres. La mujer de Mike empezaba a molestarse; había torcido la boca con gesto amargo y me pareció que iba a interrumpirles en cualquier momento. El rosbif seguía en nuestros platos, humeando lentamente.

—¿Entonces nos apostaremos lo que yo quiera?

—Ya te lo he dicho. Nos apostaremos lo que quieras, si tanto te preocupa.

—¿Incluso diez mil libras?

—Desde luego, si es lo que quieres —Mike parecía más confiado. Sabía que podía cubrir cualquier suma que Pratt propusiera.

—¿Entonces dices que puedo elegir la apuesta? —preguntó nuevamente Pratt.

—Eso es lo que he dicho.

Se hizo una pausa mientras Pratt miraba uno por uno a los presentes, primero a mí y luego a las tres mujeres. Parecía querer recordarnos que éramos testigos de aquel trato.

—¡Mike! —dijo la Sra. Schofield—. Mike, ¿por qué no nos dejamos de tonterías y comemos la carne? Se está enfriando.

—No es ninguna tontería —respondió Pratt sin inmutarse—. Estamos haciendo una apuesta.

Me fijé en la criada que estaba al fondo con una fuente de verduras, dudando si traerla o no.

—Muy bien —dijo Pratt—. Te diré lo que quiero apostar.

—Adelante —dijo Mike, temerario—. Me da igual lo que estés pensando.

Pratt asintió, y en sus labios volvió a asomar aquella sonrisa. Luego, muy despacio, sin dejar de mirar a Mike, dijo:

—Quiero que nos apostemos la mano de tu hija.

Louise Schofield dio un respingo.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Basta, no tiene gracia! Oye, papá, no tiene ni pizca de gracia.

—No pasa nada, cariño —dijo su madre—. Sólo están bromeando.

—No bromeo —dijo Richard Pratt.

—Esto es ridículo —dijo Mike, perdiendo otra vez la calma.

—Dijiste que apostarías lo que yo quisiera.

—¡Me refería a dinero!

—No *dijiste* dinero.

—Eso es lo que quería decir.

—Pues es una lástima que no lo dijeras. De todas formas, si quieres echarte atrás, por mí bien.

—No se trata de echarse atrás, amigo mío. De todos modos, es una apuesta absurda, porque no puedes igualar el premio. Resulta que tú no tienes una hija para ofrecérmela en caso de que pierdas. Y si la tuvieras, no me casaría con ella.

—Me alegra oírlo, cariño —dijo su mujer.

—Te ofrezco lo que quieras —anunció Pratt—. Mi casa, por ejemplo. ¿Qué te parece mi casa?

—¿Cuál de ellas?

—La de campo.

—¿Por qué no la otra también?

—Está bien, si eso es lo que quieres. Mis dos casas.

Entonces vi que Mike se lo pensaba. Dio un paso adelante y colocó cuidadosamente la cesta de vino sobre la mesa. Movi6 el salero a un lado, luego la pimienta, y a continuación cogió el cuchillo, examinó el filo pensativamente por un instante, y lo dejó de nuevo en su sitio. Su hija también le había visto dudar.

—¡Vamos, papá! —exclamó—. ¡No seas absurdo! Es una estupidez absoluta. Me niego a que juguéis así conmigo.

—Completamente de acuerdo, cariño —dijo su madre—. Mike, déjalo ahora mismo y siéntate a cenar.

Mike la ignoró, echó un vistazo a su hija y esbozó lentamente una sonrisa paternal y protectora. Pero de repente sus ojos brillaron con un destello de triunfo.

—Escucha, Louise —dijo, sonriendo mientras hablaba—. Deberíamos pensarlo un momento.

—¡Venga, basta ya, papá! ¡No voy ni a escucharte! ¡Dios, es lo más ridículo que he oído en mi vida!



—No, en serio, cariño. Espera un momento y escucha lo que tengo que decirte.

—¡Pero es que no *quiero* oírlo!

—¡Louise, por favor! Así está la cosa: Richard, aquí presente, nos ha hecho una apuesta seria. Es él quien quiere hacerla, no yo. Y si pierde, va a tener que entregar una buena cantidad de propiedades. Espera un momento, cariño, no me interrumpas. La cuestión es que *no puede ganar de ninguna manera*.

—Él no parece pensar lo mismo.

—Ahora escúchame, porque sé de lo que hablo. Un experto, al probar un burdeos —siempre que no sea uno de los más famosos, como el Lafite o el Latour—, sólo puede identificar el viñedo de forma aproximada. Por supuesto, puede decirte el distrito de Burdeos del que procede el vino, si es de St. Emilion, Pomerol, Graves o Médoc. Pero resulta que cada distrito tiene varios municipios, como condados, y cada condado tiene muchos, muchísimos viñedos pequeños. Es imposible que alguien pueda diferenciarlos todos sólo por el gusto y el olor. No me importa decirte

que este que tengo aquí es un vino de un pequeño viñedo rodeado de otros muchos, y nunca podrá acertarlo. Es imposible.

—No puedes estar seguro —dijo su hija.

—Y yo te digo que sí. Aunque esté mal que yo lo diga, entiendo un poco de vinos, ya lo sabes. Y de todas formas, por Dios, cariño, soy tu padre. No creerás que te implicaría en algo... contra tu voluntad, ¿verdad? Te estoy haciendo ganar dinero.

—¡Mike! —dijo bruscamente su mujer—. ¡Basta ya, por favor!

Él volvió a ignorarla.

—Si aceptas la apuesta —le dijo a su hija—, en diez minutos serás dueña de dos mansiones.

—Pero yo no quiero dos mansiones, papá.

—Pues véndelas. Revéndeselas en el acto. Yo me encargaré de todo. Y entonces, piénsalo, cariño, ¡serás rica, independiente para el resto de tu vida!

—¡Oh, papá, no me gusta! Me parece estúpido.

—A mí también —dijo su madre, moviendo la cabeza arriba y abajo como una gallina—. ¡Debería darte vergüenza sólo sugerir una cosa así, Michael! ¡Y con tu propia hija!

Mike ni la miró.

—¡Acepta el trato! —dijo ansioso, mirando fijamente a la joven—. ¡Acéptalo, rápido! Te garantizo que no perderás.

—Pero esto no me gusta, papá.

—Vamos, cariño. ¡Acepta!

Mike la estaba presionando, inclinado hacia ella, clavándole sus dos ojos duros y brillantes, y a su hija no le era fácil resistirse.

—¿Y qué pasa si pierdo?

—Te lo repito, no puedes perder. Te lo aseguro.

—¡Oh, papá! ¿Tengo que hacerlo?

—Te estoy haciendo ganar una fortuna, así que vamos. ¿Qué me dices, Louise? ¿Aceptas?